



Universidad Nacional de La Plata
Manuel Vicent Doctor Honoris Causa

8 de octubre de 2014

Clase Magistral
Travesía literaria



Manuel Vicent lee su Clase Magistral como Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata/ Foto: JULIETA DE MARZIANI (PRENSA-UNLP)

Vaya en primer lugar mi gratitud al Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata y al Honorable Consejo Directivo de la Facultad de Hu-

manidades y Ciencias de la Educación por esta distinción académica de Doctor Honoris Causa, que acabo de recibir. Pienso llevarla con orgullo y por mi parte trataré de hacer todo lo posible por estar a su altura y no desmerecerla.

Guardo un gran amor y admiración a este pueblo. Algunos argentinos han sido mis mejores amigos cuando recalaron en Madrid, algunos de grado, otros exiliados a la fuerza en tiempos duros de la dictadura. En mis viajes a este país me he sentido siempre acogido fraternalmente. Por mi parte trato de hacer todo lo necesario para que nunca desaparezca este encanto.

El *III Congreso Internacional de Literatura y Cultura españolas contemporáneas. Diálogos trasatlánticos: puntos de encuentro* que hoy inauguran en la Universidad Nacional de La Plata constituye una fiesta literaria, una mezcla de estudio, reflexión y homenaje a nuestra lengua común. Más allá de cualquier intercambio económico el idioma castellano es el mar más generoso, ancho y profundo que une a Argentina y España, nuestra mayor riqueza espiritual compartida. Este mar lo estamos navegando juntos y en sus aguas juntos hemos descubierto innumerables islas del tesoro.

Por lo demás, permitidme que hable de mi trabajo literario, de cuáles fueron las primeras semillas que en el fondo contienen todo lo que soy, como escritor, como periodista, alguien que no puede imaginar el mundo sin palabras escritas, sean estas vehículos de fábulas o de noticias.

En el verano de 1936, un mes antes de que empezara la guerra civil española, mis padres habían alquilado una casa de pescadores en una playa cerca del pueblo. Permanece en pie todavía. Es una casa muy humilde. Se llama Villa Alegría. El nombre está escrito con letras azules en el remate de la fachada blanca de cal. La casa tiene una sola planta, sus rejas hoy están corroídas por el salitre y la habitan unos punkis. Se halla en primera línea y cuando hay temporal se abren las puertas y el mar la atraviesa. El mar entra y sale a sus anchas con total libertad. Gracias a este don resiste.

En el verano sangriento de 1936 yo acaba de nacer y por tanto mi cerebro era prácticamente agua, que tal vez se estaba alimentando del perfume de algas, de reflejos cegadores de sal, de visiones de barcas varadas, del sonido perenne del oleaje que parecía sorber los cantos rodados en la resaca. De pronto, en medio de aquella dicha preternatural España se encendió en llamas. El odio alcanzó la cumbre de las montañas. Mi familia volvió al pueblo y para alejarnos del frente de guerra mis padres alquilaron otra casa en

Vila-real. Esta casa formaba esquina entre la calle llamada del Ecce Homo y la calle Virgen de los Dolores. Mi conciencia afloró en esa encrucijada bajo esos nombres terribles, con sensaciones contrarias, el azul de Villa Alegría y el negro de la calle Ecce Homo, el placer y el castigo, el sol y la culpa, el pecado y la sal marina, la dulzura y las tinieblas.

Terminada la guerra, en La Vilavella, el pueblo donde nací, al lado de casa, había un balneario llamado La Estrella, que tuvo cierta prestancia en los años veinte del siglo pasado cuando allí cumplían la novena de aguas muchos ejemplares de la burguesía, damas con pamea y collares hasta la cintura, señores con corbatas de lazo y sombrero blanco. Durante la guerra civil de 1936 este balneario fue convertido en hospital de sangre y la artillería del ejército franquista no cesó de enviarle hierros hasta reducirlo a escombros.

Jugando entre sus ruinas alcancé el uso de razón. En el balneario La Estrella había bañeras con garras de león, espejos velados, mosaicos con delfines, cielorrasos desventrados donde hibernaban ristas de murciélagos boca abajo y pérgolas con columnas de mármol que procedían de las ruinas de Itálica, pero en medio de la destrucción quedó un espacio intacto. Era el cinematógrafo, un salón donde en los buenos tiempos pasaban películas de cine mudo y se realizaban bailes con gramolas de campana y placas de la Voz de su Amo. Las figuras de Charlot, de Buster Keaton, del Gordo y el Flaco, tal vez de Douglas Fairbanks y Mary Pickford, los héroes de la época, habían dejado sus sombras en el aire de aquel recinto cerrado.

Cuando conocí ese espacio, bajo la pantalla rasgada había una pianola con las tripas al aire. Luego, con los años, supe que en aquel cinematógrafo, en plena guerra, se había instalado un quirófano de fortuna. La batalla de Teruel había sido muy cruenta y a este balneario, que se hallaba muy a retaguardia, llegaban ambulancias con soldados heridos o congelados a causa del rigurosísimo invierno. En medio de alaridos de dolor allí se amputaban piernas y brazos, se realizaban operaciones a vida o muerte prácticamente sin anestesia.

Después, en aquel mismo lugar los niños jugábamos a nuestras guerras sin saber que las manchas oscuras que todavía perduraban en el suelo y en las paredes eran de sangre de soldados de verdad.

A medida que fui creciendo tuve más noticias inconexas de aquellos hechos y llegó un momento en que ya no lograba distinguir la realidad y la

ficción, los fantasmas que pudo crear la máquina de cine en la pantalla y la carnicería real que había sucedido en el patio de butacas. Bailes de burgueses de entreguerras, carcajadas provocadas por Buster Keaton, heridas abiertas y miembros amputados con un serrucho, el olor a formol unido al sonido del clarinete de Benny Goodman o de un tango de Gardel, aquel mundo que sólo conocí como leyenda se fue adentrando en mi conciencia hasta imprimir, como un sello indeleble, una visión feliz y cruel de la existencia.

Los muertos y los héroes, el glamour de las estrellas, la crueldad de la guerra, las alfombras rojas, todas las imágenes fascinantes y ensangrentadas, que hoy nos devoran, estaban ya en el oscuro salón de aquel cinematógrafo en el tiempo de la inocencia. Esta doble vertiente, entre la estética y la moral, ha sido el fundamento de toda mi literatura. No he logrado escapar de ella.

Según me contaron años después, el día 7 de julio de 1938, en plena guerra civil, hacia las dos de la tarde, había una olla al fuego en la cocina de casa. Durante algunas jornadas las baterías de la artillería franquista estaban arrojando proyectiles sobre el frente republicano. En la cocina de casa hervía lo que sería un potaje miserable de escuetas verduras, nabos, acelgas, cardos, judías blancas sin tocino ni carne alguna, pero el agua del caldo era mineral y procedía de la fuente del pueblo, un manantial en el que ya abrevaron las legiones romanas, puesto que la vía Augusta pasaba por delante de la casa donde nací.

No era Escipión el Africano el que ahora llegaba sino el ejército franquista y éste fue directamente el responsable de aquel desaguisado que sucedió en la cocina. Era mi abuela Roseta la que gobernaba aquel potaje. Tal vez lo habría probado ya de sal mientras los obuses seguían sonando con pulsiones densas y no muy lejanas. El resto de la familia, excepto la abuela, incluyéndome yo mismo, que entonces aún andaba a gatas, estaba refugiado en la despensa, bajo la escalera de piedra.

De pronto se reventó un proyectil en la calle y una esquirla penetró en casa, anduvo rebotando entre las paredes con un silbido confundido con los destrozos que causaba a su paso, entró en la cocina, dio de lleno en la olla hasta partirla en dos y derramar todo el caldo. La abuela, que fue respetada por la metralla, vino al refugio, donde la tía Pura rezaba un trisagio para aplacar la ira de Dios, Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal y desde el vano de la puerta, con sus brazos en jarras, dijo: “Hoy no comemos”.

Y después de un silencio selvático entraron las tropas franquistas en el pueblo compuestas por moros y cristianos. La familia salió del refugio, llevándome mi madre en brazos, para saludar a los vencedores, pero la abuela se negó a vitorear a un ejército que parecía hacer una guerra con el único objetivo militar de arruinarle el potaje. No he pretendido en esta vida otra cosa que reconstruir filosóficamente en mi interior aquel espacio ascético, blanco y pacifista de la cocina familiar como una forma delicada del espíritu. Aquel desaguisado me ha hecho antimilitarista.

Es la misma sensación que experimenté años después durante unas vacaciones en el hotel Voramar de las villas de Benicasim, en la provincia de Castellón. En el verano de 1953 en ese hotel se estaba rodando la película *Novio a la vista*, de Luís García Berlanga. Durante esas vacaciones en ese hotel, siendo yo adolescente, hice amistad con un viejo doctor republicano represaliado.

En las tardes que pasábamos juntos sentados en la terraza frente al mar él me contaba historias de la guerra del bando de los derrotados. El hotel Voramar también había sido hospital de sangre. Allí habían reposado los brigadistas internacionales heridos. La ficción cinematográfica se desarrollaba en la terraza a nuestro alrededor y estaba encarnada por personajes de los años veinte, damas con corpiño de avispa y señores con trajes color manteca, canotiers y cuellos de porcelana, que de niño había imaginado como fantasmas que poblaban el cinematógrafo del balneario La Estrella de mi pueblo.

Gracias a las pláticas del viejo doctor humanista y republicano en las tardes del Voramar, mientras se oían las voces de los cineastas bajo el zumbido del generador del rodaje, supe que en el este hotel hospital fue visitado por John Dos Passos, por Dorothy Parker, por Hemingway y su novia la periodista Martha Gellhorn, por el cantante de blues el negro Paul Robeson, por Alejo Carpentier, por Ilya Ehreburg. Allí habían sucedido historias románticas entre brigadistas y enfermeras.

Aquel verano experimenté una inmersión ideológica. La guerra civil no era como me la habían contado. Conocí el revés de la trama y a partir de aquel verano también cambiaron mis lecturas y participé en la primera escalada de la montaña mágica. Había un oratorio cercano. Se oía la campana que llamaba a misa los domingos. Fue allí donde por primera vez sustituí la misa por el baño en la mar creyendo que este rito era más sagrado.

Recuerdo que en el hotel veraneaba un matrimonio francés con una hija

adolescente. Era muy guapa, de nariz respingona. El día que bajó a la playa en bikini llegó una pareja de la guardia civil y amenazó con detenerla. La chica estaba empeñada en salir de extra en la película, pero el director García Berlanga había dado órdenes estrictas a su ayudante para que no dejaran acercarse al set a aquella pesada. Pese a sus reiteradas súplicas aquella adolescente no logró su propósito. No salió en esta película, pero al año siguiente todo el mundo la conocería como Brigitte Bardot, protagonista de *Y Dios creó a la mujer*, de Roger Vadim.

Los materiales de mi literatura, casi todos procedentes de un derribo espiritual, estaban ya preparados. Con ellos he tratado de construir un pequeño mundo de auto ficción en los relatos de *Contra Paraíso*, *Tranvía a la Malvarrosa*, *Jardín de Villa Valeria*, *Verás el cielo abierto* y *León de ojos verdes*. Todos están basados en una memoria fermentada por la imaginación y diluida en un tiempo y en un espacio mediterráneo. Se trata de una experiencia literaria, no de una autobiografía.

La infancia es una patria común. En el fondo la infancia es un estado de la naturaleza. Todas las personas, aun en ámbitos diversos y en tiempos distintos, se reconocen en ella, y según sea la memoria feliz o desdichada que de la infancia se conserve, ésta significará para siempre el paraíso o el infierno. Cualquier paraíso siempre es un paraíso perdido. Cualquier infierno siempre es un infierno presente, recobrado.

La expulsión del paraíso consiste en alejarse de la niñez, de aquel lugar donde los días eran tan azules como el propio mar. El camino del este del Edén son los años que uno va cumpliendo de forma inexorable. Llega un momento en que el escritor tiene que volver a aquel espacio para recuperar la virginidad en los ojos cuando la experiencia de la vida le ha llenado de erosiones, de caídas, de deserciones, de costumbres.

Creo que en mi libro *Contraparaiso* está en esencia todo el material que a lo largo de los años me ha nutrido espiritual y literariamente. También anida en él lo fundamental de mi estética: debajo de la belleza está la corrupción, debajo de la destrucción renace siempre la belleza. Las primeras experiencias de los cinco sentidos se convierten en lacres de luz que sellan el alma. Las primeras sensaciones de un niño forman profundos surcos que conducen desde el placer al terror. Esta experiencia había que narrarla con gran sencillez, puesto que las sensaciones que tenía que analizar eran puras y sencillas.

Bajo estas amenazas morales se desarrollaba la imaginación, que en principio era un baluarte para defenderte. En efecto, primero se miente para defenderte de la autoridad del padre, luego para complacerle, después por el placer que te produce ese juego, que hace que te sientas libre y seguro dentro de esa fortaleza de la imaginación y, finalmente, esa ficción de ti mismo se convierte en una creación que el niño va llevando hacia la obra de arte si es capaz de volar todos los puentes de ese castillo de naipes. Tal vez sea éste el origen de la literatura. Frente a amenaza moral o autoridad represiva la imaginación es capaz de generar una energía que pone en marcha los cinco sentidos corporales.

He aprendido de los presocráticos que el máximo placer de los sentidos se produce en el límite, esa línea divisoria donde comienza la prohibición, el lado oscuro o negativo del Edén. El placer debe estar siempre iluminado por la espada de fuego de ese arcángel que guarda la puerta del paraíso para que nunca puedas regresar a él. También la sensación de despojo comenzó a atraerme con gran fuerza cuando comencé a escribir sin adherencias barrocas o esteticistas. La verdad es más profunda cuanto más sencillas y desnudas son las palabras.

Si *Contraparaíso* es un análisis de los sentidos atrapados en ese instante en que la conciencia te separa de la naturaleza, *Tranvía a la Malvarrosa* es un libro de iniciación. El paso de la adolescencia a la juventud viene determinado por el sacramento de la confirmación, que en cualquier cultura equivale al sacrificio del héroe.

El viaje es una fuente de revelación. El héroe huye al Este del Edén, navega en busca del Vello de Oro, regresa a Ítaca, se refugia en el desierto, sube al Sinaí, se adentra en el bosque para rescatar a la princesa que está en poder del dragón o da la vuelta alrededor de su propio yo y en cualquiera de estas aventuras encuentra una salvación.

En este caso el protagonista adolescente viaja en un tranvía azul y su trayecto es corto, se desarrolla desde la ciudad a la playa de la Malvarrosa, pero su significado es el mismo que alentó a todos los héroes.

En aquella Valencia sensual, huertana, eclesiástica, reprimida de los años cincuenta del siglo pasado los sentidos estaban a punto de reventar por todas las costuras de los cuerpos. Sobre el color ala de mosca que envolvía todas las cosas había una línea azul que abría todo el horizonte. Esa línea no sólo

era el mar como símbolo de la libertad y de la belleza, también era el destino final de todos los deseos y placeres. *Tranvía a la Malvarrosa* trata de eso. El trampolín de la piscina era la cima donde Sísifo acarrea la piedra, solo que en este caso la carga era el propio cuerpo adolescente en bañador de algodón con cordoncillo, ante la visión del mar en cuya arena deslumbrada la gente simulaba ser feliz. Otra ficción.

En cambio en *Jardín de Villa Valeria* el protagonista ya es el coro, porque ésta es la historia de una generación, que al final de la dictadura de Franco abrió el camino de la democracia y de la libertad e inauguró todos los ritos de la modernidad, con algún sendero prohibido que daba directamente al acantilado.

Era mayo del 68 la primera vez que subí a ese lugar al pie de Siete Picos del Guadarrama y entonces Villa Valeria estaba en ruinas en medio de un gran jardín de pinos y robles también abandonado. Pertenecía a una preservada colonia de la Institución Libre de Enseñanza, donde los discípulos de Giner de los Ríos trataron de fundir el espíritu de la República con el perfume del espliego. Allí nos reuníamos los fines de semana un grupo de jóvenes progresistas, con patillas de hacha y pantalones de campana, chicas con los senos libres, las faldas de viscosa y la cara lavada solo con jabón, rodeados de niños a los que se intentaba educar sin traumas.

En el aire de aquel jardín arruinado había quedado en suspensión la espiritualidad agreste de la Institución Libre de Enseñanza, pero el perfume de espliego había sido sustituido por el olor de la marihuana.

Como cualquier elemento vivo una generación nace, crece, se reproduce y muere. Alrededor de la derruida mansión de Villa Valeria, en su jardín abandonado esta generación abrió todos los caminos que conducían a la libertad y la democracia. Al final de esta historia una niña se columpia bajo los pinos de Villa Valeria. Es el símbolo de la vida que continúa con todos sus placeres. Uno será siempre inmortal mientras crea que esa niña es la expresión del eterno retorno, de otros días, de otros juegos, de unos cantos azules rodados.

Un tórrido día de verano en que el resplandor del mediodía coagulaba el universo, con la sangre todavía muy joven, leí el primer libro de Albert Camus, tumbado frente al mar en una terraza donde había unas sábanas blancas tendidas. Recuerdo que en un barranco cercano, lleno de alacranes, balaba una cabra dolorida que se había enredado en una zarza, mientras yo leía que

la rebeldía de Prometeo era el símbolo del humanismo.

Este héroe había robado el fuego a los dioses y fue por ello encadenado a una roca a merced de los buitres, que le sacaron las entrañas. Con ese libro descubrí el Mediterráneo. La rebeldía consistía en no resignarse nunca a vivir sin la belleza y sin la libertad y también sin un placer, exento de melancolía: esa era la mejor arma contra los dioses. El brillo cruel de aquella luz no estaba hecho para la reflexión, sino para la pasión cuyo sentido era la oscura inocencia.

A partir de ese día comencé a sostener el cigarrillo entre los dedos como lo hacía Albert Camus y después me compré una gabardina blanca con trinchera pensando que de esta forma adquiriría también toda su filosofía. Entonces yo vivía los veranos en medio de un fulgor negro, como el de Orán y Argel, y la tierra tenía unas pulsiones idénticas. El sol que incendiaba las sábanas tendidas en la terraza era el fuego que Prometeo había robado a los dioses: de él se derivaba una moral sin culpa y el compromiso contra el dolor de los inocentes. Como en la playa de Orán, a mi alrededor había barcas varadas en la arena con los pantoques color naranja y entre ellas corrían niños desnudos; y los jóvenes miraban con ojos pastosos a las chicas con sandalias y telas ligeras, como en las terrazas de los cafés de la calle Michelet, de Argel.

Ahora junto con el balido de la cabra, oía los gritos de unos adolescentes, que habían abandonado el partido de fútbol en la calle, para ir en auxilio del animal. Ya se sabe como son de rebeldes las cabras. No se someten al rebaño, no obedecen al pastor, pero de pronto quedan enredadas en una zarza y comienzan a llorar. Quien no haya realizado este trabajo no sabe lo difícil que resulta liberar a una cabra cuando está rodeada de espinos. Tratas de ayudarla, ella te rechaza, al mismo tiempo quiere ser libre y aun se enreda más sin dejar de balar con una tristeza cada vez más airada. Desde la terraza contemplé la maniobra. Aquellos adolescentes no estaban liberando a Prometeo, se trataba sólo de una cabra, que, tal vez, con sus balidos estaba maldiciendo también a los dioses.

El periodismo bajo el imperio del verbo

He escrito otras novelas, otros libros sobre la transición política hacia la democracia, crónicas urbanas, retratos de personajes, libros de viajes y artículos. Otra faceta de mi trabajo ha sido el periodismo literario. El articulismo

en España ha constituido una tradición en la que se han medido los mejores literatos a lo largo del siglo XX. Pienso en Julio Camba, en Azorín, en Ortega y Gasset, en Unamuno, en Eugenio D'Ors, en Gómez de la Serna, entre otros. La mayor parte de la obra de estos creadores se ha manifestado en papel de periódicos, entre otros y en primer lugar en *La Nación* de Buenos Aires, que ha sido un baluarte y refugio de muchos escritores españoles.

Pero más allá de la creación literaria, la necesidad de estar informado, la curiosidad por saber lo que pasa a nuestro alrededor puede que estén inscritas en lo más profundo de la conciencia humana desde el inicio de la historia. De viva voz, con señales de humo, con sonidos de tantán, con signos trazados en tablillas de barro, en papiros, pergaminos, sobre papel, a través del teletipo, de las ondas de radio, de las imágenes de televisión o por internet, incluso en las camisetas estampadas con frases que expresan deseos perentorios o con gritos de alquitrán en las paredes del suburbio. Esta necesidad, esta curiosidad se ha ido transformando a lo largo de los tiempos en uno de los derechos humanos más evidente y, dado que la información es una fuente de poder, en uno de los derechos humanos más vulnerados. Hasta hace poco la información llegaba de arriba abajo. Hoy la información es horizontal a través de los celulares y va de abajo arriba. Ya no hay reglas.

No se sabe, al menos yo no lo sé, en qué momento y en qué lugar nació el periodismo moderno, tal como lo conocemos hoy. Si se desecha la idea de que Homero fue un enviado especial a la guerra de Troya o que Jenofonte unió la crónica rigurosa con la alta literatura al contar en tercera persona con un estilo sencillo en el *Anábasis* la retirada de los 10.000 mercenarios griegos a través de cuatro mil kilómetros de territorio enemigo hasta volver a la patria; o que César tal vez hizo la guerra de las Galias solo para poder contarla o que el castellano ha alcanzado las cotas más altas de expresividad y belleza en los Cronistas de Indias, que los enciclopedistas en el siglo XVIII elevaron el panfleto a la máxima categoría del pensamiento; que en las secciones de sucesos del diario *The New York Times* en los años sesenta del siglo XX nació la literatura de no ficción como una forma de narrar todas las pasiones de la sociedad, si se dejan a un lado estos ejemplos estelares, puede uno imaginar que el periodismo moderno tuvo su origen en un lugar donde se concentraban a la vez hechos insólitos, pasiones, crímenes, sueños, miserias y hazañas de cada tiempo y el alma humana se manifestaba en carne viva, cosa que suce-

día en los muelles de los puertos de mar, en los bazares, en los tribunales, en las mazmorras, al pie de los patíbulos de la plaza mayor y en la encrucijada de los caminos donde se echaban los dados del azar antes de emprender una aventura, bien de guerra o de comercio.

En el siglo XIV a los muelles de la plaza de San Marcos de Venecia llegaban las naves de Oriente cargadas de especias, perfumes, sedas y terciopelos. Al pie de los barcos se movían unos tipos que tomaban nota de estas mercancías y de las noticias que traían los marineros desde mares lejanos. Sus papeles se llamaban gacetas, palabra que significa papagayo. Los gacetilleros ya sabían que la única verdad era la relación exacta de los objetos de comercio. El resto sólo eran hechos que no se distinguían mucho de las fantasías. Los marineros contaban episodios de matanzas, de ciudades sitiadas, de incendios y otras catástrofes, pero estas noticias venían unidas a los cuentos que habían oído en las esquinas de los grandes bazares. *Las Mil y Una Noches* eran la misma cosa que las especias que servían para sazonar los embutidos del cerdo y a la vez Bagdad había producido la alfombra mágica y la lámpara de Aladino, pero por la ruta de la seda sobrevino la peste por una pulga de las ratas que acabó con una tercera parte de los habitantes de Europa.

En la plaza de San Marcos del siglo XIV la sustancia del periodismo consistía en la relación de mercancías, noticias y las fábulas. Pero en el mundo de hoy esta clasificación del espíritu humano ya no vale. Hoy las noticias se han convertido en una mercancía más, que se vende, se consume, se adultera, se pudre y se tira a la basura o se sobrecarga hasta volverse en imaginaria, de forma que trasciende la pura información para convertirse en un género literario, que define nuestro tiempo y se constituye en el espejo a lo largo del camino en el que se reflejan nuestros crímenes, nuestros sueños, todas las villanías y heroísmos. Noticias y fábulas convertidas en mercaderías, he aquí la esencia del periodismo, como género literario del siglo XXI. Hoy la información está unida a la comunicación; a su vez la comunicación se desarrolla como espectáculo y el espectáculo es inseparable del negocio.

En efecto, unos periodistas se mueven a sus anchas en medio de las hecatombes, pero otros de su misma raza también dan lo mejor de su talento abriéndose paso en la selva de los políticos, en el secreto de los tiburones financieros, en las cloacas del Estado, en el tejido cotidiano de las horas y los días donde los crímenes ordinarios se mezclan con el latido de las pequeñas

pasiones y la lucha por la vida de la gente tributable. Como dijo Dylan Thomas, un buen periodista debe procurar ante todo ser bien recibido en el depósito de cadáveres. Aunque sólo sea, como en la película *Primera plana*, de Billy Wilder, para conseguir de madrugada un poco de hielo para el whisky.

Las noticias de la radio, las imágenes de la televisión, la lectura del periódico en el metro o en el autobús se inmiscuyen en nuestras vidas hasta constituir una sola amalgama con nuestros sentimientos, con nuestra ideología, con cada uno de nuestros deseos, y al final ya no podemos distinguir lo que oímos, lo que vemos y lo que leemos de lo que soñamos.

En el periodismo ya no se lleva la bohemia. Hoy, los males de este oficio son de otra índole. Algunos periodistas confunden su gastritis con los males de la patria; otros se han convertido en consejeros áulicos de políticos y banqueros, o se creen intérpretes de los designios de la historia y conductores de la opinión pública, o sueñan todavía con derribar al gobierno con un artículo.

En este oficio se rompe muchas veces el principio de Arquímedes: muchos periodistas desplazan mucho más de lo que pesan. Tal vez esto se deba a que en periodismo rige un principio maldito según el cual el éxito de un periodista sólo consiste en ser leído y todo vale con tal de llevar al lector embebido hasta el párrafo final de la noticia.

Los héroes de este oficio son aquellos periodistas que dan noticias fidedignas, emiten comentarios inteligentes y ponderados, conscientes de que la moderación es la conquista más ardua del espíritu y a la vez el arma más certera. Llegar a la cima de esta fortaleza exige cada día una mayor preparación técnica, científica y cultural, acorde con la complejidad del mundo.

El éxito de un periodista no consiste en ser leído, sino en ser creído. La credibilidad es su único patrimonio. Periodistas que dirigen la información al córtex de sus lectores donde reside la inteligencia, no al cerebro límbico, asiento de las emociones primarias, del fanatismo, de los deseos ciegos y de las creencias; ni mucho menos al cerebro del reptil que todavía subyace en el fondo del cráneo humano y que nos gobierna los instintos básicos. El córtex debe ser nuestro objetivo, donde reside el análisis y la elegancia del matiz o del regate. No importa el soporte. Papel o plasma. Tablilla de barro o pellejo de cabra. Internet o código miniado. No importa el medio. Hubo un día en que el mundo de la información cambió de naturaleza.

El 22 de noviembre de 1963, a las 12'30 de la mañana, el industrial textilero de ropa femenina Abraham Zapruder se hallaba encaramado en un pilar junto a la pérgola de la plaza Dealey, en Dallas, con una cámara Bell & Howell de 8 mm, modelo 414. La historia estaba a punto de pasar por delante de su vida.

Abraham Zapruder usaba la cámara de cine para filmar a sus empleados. Esa clase de tomavistas se alimentaba de bodas, barbacoas, fiestas de aniversario, escenas en el columpio del jardín y perros revolcándose con niños súper vitaminados en la pradera. Era la época en que estos aparatos eran todavía inocentes. Aquella mañana de noviembre de 1963 una secretaria de la empresa había ayudado al señor Zapruder a subir a un pedestal para lograr una vista privilegiada. La caravana con el presidente Kennedy y su esposa a bordo de un Lincoln 61 estaba a punto de doblar por Olm Street y entrar en la plaza. Con el ojo pegado al visor este cineasta aficionado siguió al vehículo que avanzaba a 25 km/h y hubo un momento en que el presidente bajó la mano y su cabeza hizo un giro rápido. Un segundo después un letrero obstaculizó la toma y cuando reapareció Kennedy ya tenía una mano en el cuello.

La cámara de Zapruder captó el disparo mortal en la cabeza del presidente con la salida de la masa encefálica, el hueso del cráneo y la ráfaga de sangre. Fueron tres disparos ejecutados en ocho segundos y medio.

Aquel 22 de noviembre de 1963 se acabaron los sueños. Empezaba la nueva era que ha marcado a las sucesivas generaciones. No me refiero a que la muerte del presidente Kennedy marcara el final de una utopía política sino la entrada en la historia del video- aficionado, un personaje invisible, que a partir de aquel hito estelar se ha ido apoderando del planeta para estar en todas partes y en ninguna. A partir del asesinato de Kennedy ya no irán los fotógrafos buscando la noticia sino al revés: serán los sucesos los que irán en busca de las cámaras y al mismo tiempo todas las personas anónimas que pueblan las calles de todas las ciudades del mundo se convertirán en periodistas y a la vez en figurantes de un circo.

Verás salir de la iglesia a unos recién casados, los invitados echando arroz a los novios, a la pareja subiendo a una limusina orlada con cintas, globos y cascabeles y a uno de los cuñados grabando el feliz acontecimiento con un celular. Sin darse cuenta este aficionado también habrá tomado con la cámara sin darse cuenta el atraco que en ese momento se estaba produciendo en

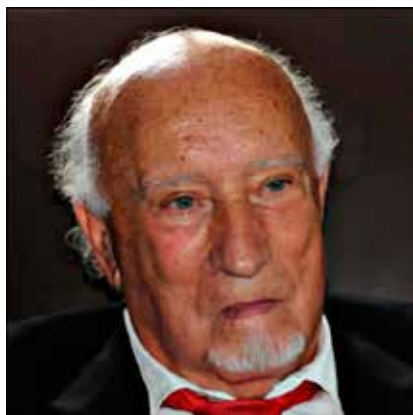
la licorería de la esquina. Sobre la hamaca de una playa de Sumatra habrá un turista grabando la sonrisa feliz de su novia en bikini con un coco en la mano cuando, de pronto, en la misma toma se verá avanzar una ola gigantesca del mar que va a tragar a medio millón de personas, pero desde los techos de las casas inundadas cientos de aficionados seguirán dando testimonio directo de la tragedia mandando voces, fotos, gritos. En el andén de un suburbano de Londres, en medio de la multitud, tres sujetos se abrirán paso con unas mochilas. Cuando poco después unos vagones salten por los aires la policía descubrirá a los terroristas a través de las cámaras. Lo mismo sucede en Norteamérica cuando la policía apalea a un negro.

El señor Zapruder tuvo que llevar a revelar la película a un laboratorio y esperar algunos días para ver el resultado y entregarlo a la policía. Hoy sus descendientes andan con el celular en el bolsillo cargado como un arma con capacidad para grabar toda clase de escenas en directo. Después con solo darle a un botón puede pasarse directamente a internet, de modo que vaya usted donde vaya, se halle dentro o fuera de la ley, tiene que saber que su rostro pertenece ya al universo.

Todo el mundo ya es actor en este planeta. Al fin y al cabo el film de Zapruder resultó ser también sólo una ficción. Pertenece a la conciencia colectiva que aquel magnicidio fue una conspiración urdida contra el presidente de Estados Unidos. Es prácticamente imposible que el rifle de Oswald, con mecanismo manual, disparara tres tiros certeros sobre un blanco móvil en ocho segundos. Hubo una bala mágica que se vio obligada a herir a cuatro personas a la vez cambiando de trayectoria para que todo encajara. Un gánster de medio pelo, el cabaretero Ruby, se invistió de la afrenta nacional y del dolor de Jacqueline para sellar la boca del acusado con un disparo al hígado también ante las cámaras. La Comisión Warren zanjó la cuestión con la teoría del asesino único mediante cientos de miles de folios que en el fondo no eran sino comentarios acerca de una película film de 8 mm. cuya duración no excedía de dieciséis segundos, con la que inauguró la edad del espejo universal donde todo el mundo se refleja al mismo tiempo.

Cuando pase el tiempo y el detritus de esta sociedad se eleve como un polvo sucio o dorado en el espacio de la memoria colectiva, ese polvo flotará acompañado sustancialmente de las palabras que fueron escritas en los periódicos, de las crónicas, los reportajes, los artículos y las fotos amarillas, que

entonces ya no serán noticias, opiniones, pensamientos e imágenes concretas de la actualidad, sino la ficción de la vida que vivimos. Y ésa será nuestra verdadera historia literaria que hará soñar a los habitantes del futuro.



Manuel Vicent/Foto: JULIETA DE MARZIANI (PRENSA-UNLP)



El presidente profesor Raúl Perdomo hace entrega a Manuel Vicent de la insignia de la Universidad Nacional de La Plata/ Foto: JULIETA DE MARZIANI (PRENSA- UNLP)